

COMPLEJIDAD, RACIONALIDAD AMBIENTAL Y DIÁLOGO DE SABERES

Enrique Leff

Enero 2006

*Esta ponencia fue presentada en el **I Congreso internacional interdisciplinar de participación, animación e intervención socioeducativa**, celebrado en Barcelona en noviembre de 2005.*

Enrique Leff

Ambientalista mexicano. Doctorado en Economía del Desarrollo. Trabaja en los campos de la Epistemología Ambiental, la Ecología Política, y la Educación Ambiental. Actualmente es profesor de la división de postgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM en temas de Ecología Política y Políticas Ambientales.

Coordinador de la Red de Formación Ambiental para América Latina y el Caribe en el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente desde 1986.

Editor de la Colección *Pensamiento Ambiental Latinoamericano* del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y autor de más de 150 libros y artículos.



Hacia el fin del siglo XIX, Friedrich Nietzsche, al reflexionar sobre la condición de su mundo y de su tiempo habría exclamado: *"el erial crece, el desierto se extiende"*. No se refería entonces a la devastación de la naturaleza, sino a la desolación del alma. Y agregó, *"ay de aquél que esconda ese erial dentro"*. Un siglo más tarde esta intuición precursora del ecologismo se hizo visible. La desolación se abate sobre nuestros mundos de vida desprovistos de esperanza y de sentido para la existencia humana. Martin Heidegger, el filósofo del siglo XX se habría preguntado: ¿Qué llama a pensar?. Y habría respondido: *"el hecho de que no estamos pensando"*. La crisis ambiental nos llama a repensar nuestro mundo y la condición humana en la era posmoderna, en la era del terror, el caos, la incertidumbre y el riesgo. Y esta reinención de nuestras identidades y sentidos no podría darse fuera de los procesos socio-educativos y de participación ciudadana en los cuales se forja el ser humano de nuestro tiempo.

La crisis ambiental es el signo de una nueva era histórica. Esta crisis civilizatoria es ante todo una crisis del conocimiento. La degradación ambiental es resultado de las formas de conocimiento a través de las cuales la humanidad ha construido el mundo y lo ha destruido por su pretensión de universalidad, generalidad y totalidad; por su objetivación y cosificación del mundo. La crisis ambiental no es una crisis ecológica generada por una historia natural. Más allá de la evolución de la materia desde el mundo cósmico hacia la organización viviente, de la emergencia del lenguaje y del orden simbólico, la materia y el ser se han complejizado por la reflexión del conocimiento sobre lo real. En nuestra proclamada sociedad del conocimiento, la ciencia avanza arrojando sombras sobre el entendimiento del mundo y subyugando saberes. La ciencia que pretendía aprehender la realidad ha intervenido al ser, culminando en la tecnologización y la economización del mundo. La economía mecanicista y la racionalidad tecnológica han negado a la naturaleza; las aplicaciones del conocimiento fraccionado y de la tecnología productivista han generado la degradación entrópica del planeta, haciendo brotar la complejidad ambiental del efecto acumulativo de sus sinergias negativas.

El saber ambiental que de allí emerge interroga las causas de esta crisis y las perspectivas de un futuro sustentable posible, conduciendo la construcción de una racionalidad alternativa, fuera del campo de la metafísica y de la ciencia moderna que han producido un mundo insustentable. En el conocimiento del mundo -sobre el ser y las cosas, sobre sus esencias, sus leyes y atributos-, en toda esa tematización ontológica y epistemológica, subyacen nociones que han dado fundamento al conocimiento y significantes que han arraigado en saberes culturales y personales, configurando las subjetividades de los seres humanos modernos. Para construir sociedades sustentables en ese otro mundo posible al que aspiramos, es preciso *"desconstruir"* lo pensado para pensar lo por pensar, para desentrañar lo más entrañable de nuestros saberes y para dar curso a lo inédito, arriesgándonos a desbarrancar nuestras últimas certezas y a cuestionar el edificio de la ciencia. Ello implica saber que el camino en el que vamos acelerando el paso -la ideología y la política de un crecimiento sin límites- es una carrera desenfrenada hacia un abismo. Desde esta comprensión de las causas de esta crisis civilizatoria, la racionalidad ambiental se sostiene en el propósito de refundamentar el saber sobre el mundo que vivimos desde lo pensado en la historia y el deseo de vida que se proyecta hacia futuros inéditos a través del pensamiento y la acción social, del encuentro con la otredad y el diálogo de saberes.

La crisis ambiental es la primera crisis global generada por el desconocimiento del conocimiento. El conocimiento científico, al fragmentarse analíticamente, separa lo que está articulado orgánicamente; sin intención expresa -sin saberlo- genera una



sinergia negativa, un círculo vicioso de degradación ambiental que la ciencia ya no comprende ni contiene. Esa forma de conocimiento, que quiere aprehender a los entes en su objetividad, indagando sus esencias, ha construido un *"objeto"* complejo que ya no refleja la multicausalidad de los procesos que lo produjo. El transobjeto que genera esta transgénesis demanda un saber que desborda los marcos del conocimiento sistémico, el pensamiento ecologista y los métodos interdisciplinarios. El desarrollo del conocimiento no trasciende la ignorancia en una *"dialéctica de la iluminación"*, sino que va generando sus propias sombras, sus áreas de desconocimiento, construyendo un objeto negro que ya no se refleja en los paradigmas de la ciencia normal.

El conocimiento ya no representa la realidad; por el contrario, construye una hiperrealidad en la que se manifiesta y se ve reflejado. El conocimiento ha intervenido lo real generando nuevos entes híbridos, amalgama de lo orgánico, lo tecnológico y lo simbólico. El conocimiento ya no salva. El conocimiento ya no provee una cura existencial. El conocimiento ya no ofrece seguridad alguna en la era del riesgo y del terror. La libertad ha sido captada por el mercado. El sujeto y el ser se mantienen alejados, enajenados, sometidos al poder de un conocimiento que despliega su propia lógica interviniendo la vida, pero fuera del mundo de la vida, de los espacios de convivencia y las redes de solidaridad.

La reintegración del mundo no remite a un proyecto de reunificación del conocimiento. La emergencia del saber ambiental rompe el círculo *"perfecto"* de las ciencias, la creencia en una Idea Absoluta y la voluntad de un conocimiento unitario, abriéndose hacia la dispersión del saber y la diferencia de los sentidos existenciales. El saber ambiental desborda el campo de la racionalidad científica y de la objetividad del conocimiento. Este saber se conforma dentro de una nueva racionalidad teórica de donde emergen nuevas estrategias conceptuales para la comprensión y construcción de un mundo sustentable. Ello plantea la revalorización de un conjunto de saberes sin pretensión de científicidad. Frente a la voluntad de resolver la crisis ecológica mediante el *"control racional del ambiente"*, el saber ambiental cuestiona la *"irracionalidad"* de la razón científica. El saber ambiental es afín con la incertidumbre y el desorden, con lo inédito, lo virtual y los futuros posibles; incorpora la pluralidad axiológica y la diversidad cultural en la formación del conocimiento y la transformación de la realidad.

La crisis ambiental lleva así a repensar la realidad, a entender sus vías de complejización, el enlazamiento de la complejidad del ser y del pensamiento, para desde allí abrir nuevas vías del saber en el sentido de la reconstrucción y la reapropiación del mundo y de la naturaleza. La racionalidad dominante encubre la complejidad, la cual irrumpe desde sus límites, desde su negación, desde la alienación del mundo economizado, arrastrado por un proceso incontrolable e insustentable de producción.

Desde el campo de externalidad de la racionalidad modernizante; desde los núcleos del conocimiento que han configurado a los paradigmas de las ciencias, sus objetos de conocimiento y sus métodos de investigación, emerge un nuevo saber. El saber ambiental no es la retotalización del conocimiento a partir de la conjunción interdisciplinaria de los paradigmas actuales. Por el contrario, es un saber que, desde la falta de conocimiento de las ciencias, problematiza a sus paradigmas, generando un haz de saberes en los que se enlazan diversas matrices de racionalidad, órdenes de valor y vías de sentido. Más que una mirada holística de la realidad que articula múltiples visiones y comprensiones del mundo convocando a diferentes disciplinas, la complejidad ambiental emerge de la re-flexión del



pensamiento sobre la naturaleza; es el campo donde convergen diversas epistemologías, racionalidades e imaginarios que transforman la naturaleza, construyen la realidad y abren la construcción de un futuro sustentable.

Si lo que caracteriza al ser humano es su relación con el saber, la complejidad no se reduce al reflejo de una realidad compleja en el pensamiento. Pensar la complejidad ambiental no se limita a la comprensión de una evolución "*natural*" de la materia y del hombre hacia el mundo tecnificado y un orden económico, como un devenir intrínseco del ser. La historia es producto de la intervención del pensamiento en el mundo, no obra de la naturaleza. La ecología y la teoría de sistemas, antes de ser una respuesta a una realidad compleja que los reclama, son la secuencia del pensamiento metafísico que desde su origen ha sido cómplice de la generalidad y de la totalidad. Como modo de pensar, estas teorías generaron un modo de producción del mundo que, afín con el ideal de universalidad y unidad del pensamiento, llevaron a la generalización de una ley totalizadora y a una racionalidad cosificadora del mundo de la modernidad. Es en este sentido que la ley del mercado, más que representar en la teoría la generalización del intercambio mercantil, produce la economización del mundo, recodificando todos los órdenes de lo real y de la existencia humana en términos de valores de mercado, e induciendo su globalización como forma hegemónica y única del ser en el mundo.

La crisis ambiental lleva a cuestionar el pensamiento y el entendimiento del mundo, la ontología, la epistemología y la ética con las que la civilización occidental ha aprehendido al ser, los entes y las cosas; la ciencia y la razón tecnológica con las que ha sido dominada la naturaleza y economizado el mundo moderno. El saber ambiental emerge como una nueva comprensión del mundo, incorporando el límite de lo real, la incompletitud del ser, la imposible totalización del conocimiento y la apertura del ser hacia la otredad. La incertidumbre, el caos y el riesgo son al mismo tiempo efecto de la aplicación del conocimiento que pretendía anularlos, y condición intrínseca del ser y del saber. El saber ambiental permite dar un salto fuera del ecologismo naturalista y situarse en el campo del poder en el saber, en una política del conocimiento, en un proyecto de reconstrucción social a través de un diálogo de saberes, que es un diálogo entre seres.

La epistemología ambiental no es un proyecto para aprehender un nuevo objeto de conocimiento -el ambiente- ni la reintegración del saber disperso en una retotalización del conocimiento. La epistemología ambiental es un trayecto para llegar a saber qué es el ambiente -ese extraño objeto del deseo de saber- que emerge del campo de exterminio al que fue expulsado por el logocentrismo de la teoría y el círculo de racionalidad de las ciencias. Trayecto y no proyecto epistemológico, pues si bien en las tendencias que se proyectan hacia el futuro lo real está ya trastocado por el conocimiento, la creatividad del lenguaje, la productividad del orden simbólico y la fecundidad del deseo no se anticipan por el pensamiento. Es una aventura epistemológica, pues el horizonte del saber se desdibuja en la lejanía de un futuro que la razón no alcanza a descifrar.

C'est la mer qui s'est allée avec le soleil.

El ambiente no es la ecología, sino el campo de relaciones entre la naturaleza y la cultura, de lo material y lo simbólico, de la complejidad del ser y del pensamiento. El ambiente es una realidad empírica; si, pero en una perspectiva epistemológica es un saber; un saber sobre las estrategias de apropiación del mundo y la naturaleza a través de las relaciones de poder que se han inscrito en las formas dominantes de conocimiento. Allí se configura un pensamiento que ha tomado al ambiente como



su objeto de reflexión, yendo a su encuentro, descubriendo en su búsqueda que éste desbordaba los marcos epistemológicos que intentan nombrarlo, codificarlo, circunscribirlo y administrarlo dentro de los cánones de la racionalidad científica y los instrumentos económicos del desarrollo sostenible.

La epistemología ambiental conduce este camino exploratorio, en el que se van delineando los límites de la racionalidad que sostiene a la ciencia normal para aprehender al ambiente, al tiempo que va construyendo el concepto propio del ambiente y configurando el saber que le corresponde. En este trayecto se va desplegando un itinerario epistemológico en un continuo proceso de demarcaciones y desplazamientos que desemboca en un saber que desborda al conocimiento científico y cuestiona a la racionalidad de la modernidad.

El saber ambiental abre un diálogo entre modernidad y postmodernidad; entre logos científico, racionalidad económica y saberes populares; entre ética y conocimiento. El saber ambiental se mantiene fiel a su exterioridad y riguroso con su falta de conocimiento que lo anima a indagar desde todas las vertientes y el límite de lo pensado, sin por ello fundirse con una teoría general de sistemas, disolverse en un pensamiento holístico o integrarse en un paradigma científico interdisciplinario y una lógica formal. El saber ambiental se despliega conforme con su identidad de extranjero, de judío errante, de indio sin tierra, de pueblo sin dios; en su condición de saber subyugado amenazado de exterminio y de saber emancipador, libre de toda atadura; comprometido con la creatividad, con el deseo de saber, con el enigma de la existencia, con el insondable infinito, con la solidaridad humana y con el valor de vida.

La epistemología ambiental no es la formalización de un método diseñado para reintegrar y recomponer el conocimiento del mundo globalizado. A tientas, el saber ambiental que nace en el campo de externalidad de las ciencias, se cuela por los intersticios de las murallas del conocimiento; desde allí lanza nuevas miradas y va barriendo certezas, abriendo los razonamientos circulares que con su fuerza centrífuga proyectan al ambiente fuera de sus órbitas celestiales. Lo que une estas miradas es su vocación antitotalitaria y crítica, su inconformismo con los saberes consabidos; lo que impide convertir la crítica en dogma y lleva a seguir indagando al saber desde todos los frentes y proyectarlo hacia todos los horizontes.

El saber ambiental se filtra entre todas las mallas teóricas y discursivas de la modernidad venciendo las murallas defensivas que se han erigido las ciencias para contener la invasión silenciosa de los saberes negados. El saber ambiental vulnera los muros de contención de la racionalidad positivista dominante, del proyecto universal objetivador y cosificador del conocimiento. El saber ambiental devela las estrategias de poder que enlazan al iluminismo de la razón y el racionalismo del conocimiento con las teorías de sistemas y el pensamiento ecologista. Al mismo tiempo establece las bases para pensar y construir una racionalidad alternativa.

La epistemología ambiental es una política del saber que tiene por *"fin"* dar sustentabilidad a la vida; es un saber que vincula las condiciones de vida únicas del planeta, con el deseo de vida del ser humano; los potenciales ecológicos y la productividad neguentrópica con la creatividad cultural. El saber ambiental cambia la mirada del conocimiento y con ello transforma las condiciones del ser en el mundo en la relación que establece el ser con el pensar y el saber, con el conocer y el actuar en el mundo. La epistemología ambiental es una política para acariciar la vida, motivada por un deseo de vida, por la pulsión epistemofílica que erotiza al saber en la existencia humana.



El saber ambiental desplaza el modelo de la racionalidad dominante hacia un haz de matrices de racionalidad en la diferenciación de saberes que vinculan a las diferentes culturas con la naturaleza, con sus naturalezas. El saber ambiental se va entretejiendo en una trama compleja de conocimientos, pensamientos, cosmovisiones y formaciones discursivas que desborda el campo del logos científico, abriendo un diálogo de saberes en donde se confrontan diversas racionalidades y tradiciones. El saber ambiental problematiza el campo de las ciencias; pero sobre todo alimenta la construcción de una nueva racionalidad social. El saber ambiental se construye en el encuentro de identidades y saberes marcado por la apertura del ser a la diversidad, a la diferencia y a la otredad, cuestionando la historicidad de la verdad, abriendo el campo del conocimiento hacia la utopía, al no saber que alimenta a las verdades por venir.

Si ya desde Hegel y Nietzsche la no-verdad aparece en el horizonte de la verdad, la ciencia fue descubriendo las fallas del proyecto científico de la modernidad, desde la irracionalidad del inconsciente (Freud) y el principio de indeterminación (Heisenberg), hasta el encuentro con la flecha del tiempo y las estructuras disipativas (Prigogine). El saber ambiental acoge el no saber, la incertidumbre, la indeterminación y la posibilidad en la producción de la verdad, del conocimiento, del devenir y del porvenir.

El saber ambiental navega hacia nuevos horizontes del ser y del tiempo. Fuera de la relación de identidad entre el concepto y lo real que propone la epistemología y la metodología de la ciencia en el imaginario de la representación, el saber ambiental indaga la relación entre el ser y el saber, la constitución de nuevas identidades que permiten la emergencia de nuevos actores sociales en los actuales procesos de reapropiación de la naturaleza y recreación de las culturas. Esta perspectiva abre nuevas vías para la desconstrucción del logos científico, de la objetivación, la cosificación y la economización del mundo, y para repensar la racionalidad ambiental desde las condiciones del ser: no del hombre en general, sino del ser constituido por su saber y su cultura, en los diferentes contextos en los que significa a la naturaleza, reconfigura sus identidades y fragua sus mundos de vida.

El saber ambiental se construye en relación con sus impensables, con la generación de lo nuevo, la indeterminación de lo determinado, la posibilidad del ser y la potencia de lo real: con todo aquello que es desconocido por las ciencias al carecer de visibilidad, de empiricidad, de positividad. De esta manera lleva a la reflexión del pensamiento sobre lo ya pensado, en la apertura del ser en su devenir, en el horizonte de lo posible y de lo que aún no es. El saber ambiental orienta así la construcción de una nueva racionalidad y abre la historia hacia un futuro sustentable.

El saber ambiental emerge desde el límite del pensamiento unidimensional, de la razón objetivadora y cosificadora. La epistemología ambiental se lanza a la aventura del pensamiento de la complejidad generando una visión sobre las relaciones entre procesos que supera al conocimiento orientado a establecer el vínculo entre cosas, hechos, datos, variables, factores y paradigmas científicos, al que accede separando al sujeto del objeto de conocimiento. La fenomenología de Husserl con la intencionalidad del ser y la ontología existencial de Heidegger desde el *"ser en el mundo"*, rompen con el imaginario de la representación y con la ilusión de una ciencia capaz de extraerle a la facticidad de la realidad su transparencia y su verdad absoluta. La relación ética de otredad confronta al proyecto epistemológico que pone por encima la relación de identidad del concepto y la realidad, donde la



experiencia humana queda subsumida a la aplicación práctica, instrumental y utilitarista del conocimiento objetivo.

El saber ambiental produce un cambio de episteme: no es el desplazamiento del estructuralismo hacia una ecología generalizada y un pensamiento complejo que correspondería con la complejidad de la realidad, sino hacia la relación entre el ser y el saber. La aprehensión de lo real desde el conocimiento se abre hacia una indagatoria de las estrategias de poder en el saber que orienta la apropiación subjetiva, social y cultural de la naturaleza y plantea nuevas perspectivas de comprensión y apropiación del mundo desde el ser, la identidad y la otredad. Más allá de la vuelta al Ser, que libera la potencia de lo real, del *"Ser que deja ser al ser"*, el saber ambiental abre un juego infinito de relaciones de otredad que nunca alcanzan a completarse ni a totalizarse.

El Ambiente nunca llega a internalizarse en un paradigma o en un sistema de conocimiento. Ante la ontología existencial que lleva al Ser del ente, la ética de la otredad abre la cuestión del ser al pensar lo que excede al Ser, lo que está antes, por encima y más allá del ser, de eso que se produce en la relación de otredad. La ética toma supremacía sobre la ontología y la epistemología; es la relación por excelencia que recupera al ser y abre la historia al futuro; no es la relación ontológica del Ser con el mundo, sino el encuentro del yo con el otro, un diálogo que no dirige al yo con un *"eso"* (donde el ambiente es reducido a una cosa), sino un yo que se dirige a un tú, un tu que es otro, irreducible al yo y a sí mismo, a un alter-ego ensimismado. La relación ética con el Otro abre un diálogo de saberes, que es un diálogo entre seres culturales, en tanto que el ser se constituye por su identidad con un saber arraigando en un territorio de vida. El futuro sustentable se construye así desde una ética de la otredad, del reconocimiento del Ambiente como el otro -el absolutamente Otro- de todo sistema, que abre el conocimiento recluso en la imagen especular de la representación y lo despliega hacia la infinita alteridad de lo real y lo simbólico en la aventura del saber.

La racionalidad ambiental se forja en esta relación de otredad en la que el encuentro cara a cara se traslada a la otredad del saber y del conocimiento, allí donde emerge la complejidad ambiental como un entramado de relaciones de alteridad (no sistematizables), donde se reconfigura el ser y su identidad y se abre a un más allá de lo pensable, guiado por el deseo insaciable de saber y de vida; por la dignidad humana y la justicia social.

La multirreferencialidad de los saberes abre el camino para el análisis plural de la realidad desde diferentes racionalidades culturales, sobre la base de un pluralismo ontológico y gnoseológico. Ni el ser es Uno, ni el saber es Uno. La epistemología ambiental lleva hacia una política de la diversidad cultural y de la diferencia; se abre a un diálogo intersubjetivo e intercultural que trasciende el espacio de un intercambio interdisciplinario.

El saber ambiental desconstruye la relación del conocimiento con lo real, dislocando, desbordando y desplazando la reflexión epistemológica hacia el reposicionamiento del ser en el mundo en su relación con el saber. La interdisciplinariedad se abre así hacia un diálogo de saberes en el encuentro de identidades conformadas por racionalidades e imaginarios que configuran los referentes, los deseos y las voluntades que movilizan a actores sociales; que desbordan a la relación teórica con lo real hacia un diálogo entre lo material y lo simbólico en contextos ecológicos, políticos y culturales diferenciados.



La epistemología ambiental da curso a un nuevo saber; un saber que emerge desde la marca de un límite, de una ley-límite de la naturaleza, de la ineluctable ley de la entropía. Pero también viene a cuestionar la epopeya del proyecto científico de la modernidad fundada en la creencia en la representación de lo real a través del concepto, la voluntad de unificación del ser, y la objetivación y transparencia del mundo a través del conocimiento. La epistemología ambiental reconoce los efectos de las formas de conocimiento en la construcción y destrucción de la realidad; del imaginario de la representación y la identidad entre el concepto y lo real; de la supremacía de la relación de conocimiento sobre la relación ética. Al mismo tiempo revaloriza a la teoría como estrategia de comprensión, significación y apropiación del mundo, y como proceso de desconstrucción de las tramas de poder asociadas a la racionalidad formal e instrumental de las ciencias. La teoría crítica del ambientalismo aparece así como una estrategia (conceptual) de emancipación frente a los efectos de sujeción de las ideologías inscritas tanto en el discurso científico como en el discurso técnico, práctico y político del desarrollo sostenible.

De esta manera se enfrentan los efectos de naturalización de los procesos políticos de dominación al subsumir a la sociedad como subsistema de un ecosistema global y dentro de la lógica del mercado -a esos principios ordenadores del mundo-, que neutralizan la conciencia de los agentes sociales al pensarlos como individuos iguales dentro de una misma Tierra y ante un futuro común. El saber aparece como un proceso que se despliega en las mallas del poder, donde visiones e intereses diversos promueven la generación de conocimientos asociados a diferentes racionalidades, abriendo posibilidades alternativas de organización productiva y de apropiación de la naturaleza en la construcción de un futuro sustentable.

El saber ambiental se construye en un diálogo de saberes propiciando un encuentro de la diversidad cultural en el conocimiento y construcción de la realidad. Pero al mismo tiempo plantea el problema de la apropiación de conocimientos y saberes dentro de diferentes racionalidades culturales e identidades étnicas. El saber ambiental no sólo genera una ciencia más compleja e interdisciplinaria; también produce nuevas significaciones sociales, nuevas formas de subjetividad y posicionamientos políticos ante el mundo. Se trata de un saber que no escapa a la cuestión del poder y a la producción de sentidos civilizatorios.

En el tránsito de la modernidad hacia la posmodernidad, la epistemología orientada por la búsqueda de la unidad y la objetividad del conocimiento, se encuentra y confronta con una política del saber comprometida con la valorización de la diversidad y la diferencia, y por el lugar que ocupan las posiciones subjetivas en el campo de la interdisciplinariedad y las esferas del saber. El saber ambiental devela la voluntad del saber totalitario al que aspira la ciencia moderna y rescata de sus falsas ilusiones al sujeto creado por la ciencia, a ese sujeto dividido por su deseo inconsciente y diferenciado por su sociedad, que aspira a cubrir su falta en ser con el imaginario de un cuerpo teórico total, ocultando su desconocimiento bajo el manto unitario de La Ciencia, integrado por los retazos de conocimientos disciplinarios que ha producido el proyecto positivista. La nostalgia de una totalidad originaria, la ambición de un conocimiento absoluto, impulsan el retorno mítico a un saber total, a un método interdisciplinario capaz de trascender la división constitutiva del deseo de saber.

Pues al final del propósito de nombrar, codificar y controlar lo real; de aprehender, comprender y dominar a la naturaleza; de deletrear el infinito; luego de todo ese periplo por el mundo de la gramática, de las ciencias, de la hermenéutica, el sujeto se reconoce siendo pensado por otro, por el conocimiento como un Otro, externo,



que piensa al ente y piensa al sujeto, pero que no comprende al ser; que lo deja desnudo ante el conocimiento y ávido de sentido. El desbordamiento del conocimiento produce el vaciamiento de sentidos existenciales y una sed de vida que se expresa tanto las luchas de las etnias por la reafirmación de sus identidades, como en el drama de ese ser posmoderno solitario, cuyo grito se escucha en el vacío que ha dejado la metafísica, el logos y la epistemología que desbordan lo real y al ser. Un verbo que nos piensa, nos impone su verdad y nos sujeta. El sujeto existe no como principio del conocimiento, sino como efecto del conocimiento que lo produce en el sujetamiento del ser. La voluntad de universalidad, unidad y totalidad del conocimiento ha constituido un proyecto opuesto a la productividad de lo heterogéneo, al potencial de la diferencia, a la integridad de lo específico y a la articulación de lo diverso, de todos esos principios que dan fundamento a la racionalidad ambiental.

El saber ambiental arraiga en identidades que dan sentido a racionalidades y prácticas culturales diferenciadas. La identidad se forja en significaciones relacionadas con prácticas sociales incorporadas a un ser cultural, cuya memoria viaja en el tiempo echando raíces en la tierra y en el cielo, en lo material y lo simbólico. El diálogo de saberes al que convoca la racionalidad ambiental no relaja el régimen disciplinario del conocimiento para dar lugar a una alianza de lógicas antinómicas, a la individualización del conocimiento, a un juego libre e indiferenciado de lenguajes, al consumo masificado de conocimientos, capaces de cohabitar con sus significaciones, polisemias y contradicciones. El saber ambiental se forja en el encuentro, enfrentamiento, entrecruzamiento, hibridación y complementación de saberes diferenciados por matrices de racionalidad-identidad-sentido que responden a estrategias de poder por la apropiación del mundo y la naturaleza.

La consistencia y coherencia del saber se produce en una permanente prueba de objetividad con la realidad y en una praxis de construcción de la realidad social que confronta intereses contrapuestos y muchas veces antagónicos, insertos en saberes personales y colectivos. En este sentido, el conocimiento no se construye sólo en sus relaciones de validación con la realidad externa y en una justificación intersubjetiva del saber, de un discurso consensuado por una acción comunicativa y un saber común. Todo saber aparece inscrito en una red de relaciones y tensiones con la otredad, con el potencial de lo real y con la construcción de utopías a través de la acción social; ello confronta la objetividad del conocimiento con las diversas formas de significación y de asimilación de cada sujeto y de cada cultura, que se concretan y arraigan en saberes individuales y colectivos, dentro de proyectos políticos diferenciados de construcción social.

El saber ambiental se forja en la pulsión por conocer, en la falta de saber de las ciencias y el deseo de llenar esa falta incolmable. Desde allí se impulsa un proceso de realización de una utopía como construcción de la realidad desde una multiplicidad de sentidos colectivos, más allá de una articulación de ciencias, de intersubjetividades y de saberes personales. El saber ambiental busca saber lo que las ciencias ignoran porque sus campos de conocimiento arrojan sombras sobre lo real y avanzan subyugando saberes. El saber ambiental, más que una hermenéutica de lo olvidado, más que un método de conocimiento de lo consabido, es una inquietud sobre lo nunca sabido, lo que queda por saber sobre lo real, el saber que propicia la emergencia de lo que aún no es. En este sentido, el saber ambiental lleva a construir nuevas identidades, nuevas racionalidades y nuevas realidades.



El saber ambiental reafirma al ser en el tiempo y el conocer en la historia; arraiga en nuevas identidades y territorios de vida; reconoce al poder en el saber y la voluntad de poder que es un querer saber. Más allá de todo determinismo, de todo esencialismo y de toda certidumbre, el saber ambiental hace renacer el pensamiento utópico y la voluntad de libertad, no en el vacío histórico de una posmodernidad, sin referentes ni sentidos, sino como una nueva racionalidad donde se funden el rigor de la razón y la desmesura del deseo, la ética y el conocimiento, el pensamiento y la sensualidad de la vida. La racionalidad ambiental abre las vías para una re-erotización del mundo, trasgrediendo el orden establecido que impone la prohibición de ser. Ese saber, que siempre ha estado atravesado por la incompletud del ser, pervertido por el poder del saber y movilizado por la relación con el Otro, desde el límite de la existencia y del entendimiento, desde la condición humana en la diferencia y en la otredad, elabora categorías para aprehender lo real; y en ese proceso crea mundos de vida, construye nuevas realidades y abre las vías para un futuro sustentable.

La racionalidad ambiental genera lo inédito en el encuentro con lo Otro, en el enlace de seres diferentes y la diversificación de sus identidades. En el ambiente subyace una ontología y una ética opuestas a todo principio de homogeneidad, a todo conocimiento unitario, a todo pensamiento global y totalizador. El saber ambiental lleva a una política que va más allá de las estrategias de disolución de diferencias antagónicas en un consenso basado en la racionalidad comunicativa, en un saber de fondo y una ley universal. La política ambiental es convivencia en el disenso, la diferencia y la otredad.

Se abre así un diálogo de saberes que atraviesa el discurso y las políticas del desarrollo sustentable; es el encuentro entre las ciencias objetivas y los saberes que condensan los sentidos prácticos y existenciales que han fraguado en el ser a través del tiempo. El saber ambiental disloca el cuerpo rígido y el sentido unívoco del discurso científico, mira hacia los horizontes invisibles de la ciencia y abre los caminos de lo impensable de la racionalidad de la modernidad.

El diálogo de saberes se produce en el cruzamiento de identidades en la complejidad ambiental. Es la apertura del ser, constituido por su historia, hacia lo inédito, lo impensado; hacia una utopía arraigada en lo real, en los potenciales de la naturaleza y los sentidos de la cultura. El ser, más allá de su condición existencial genérica, se constituye a través del sentido de su mundo de vida, de la forja de identidades individuales y colectivas en el crisol de la diversidad cultural y de una política de la diferencia, movilizándolo a los actores sociales hacia la construcción de estrategias alternativas de reapropiación de la naturaleza, entre los sentidos antagónicos de la sustentabilidad.

El saber ambiental se hace así solidario de una política del ser y de la diversidad. Esta política se funda en el derecho a ser diferente, el derecho a la autonomía, a su defensa frente al orden económico-ecológico globalizado, su unidad dominadora y su igualdad inequitativa. Es el derecho a un ser propio que reconoce su pasado y proyecta su futuro; que restablece su territorio y reapropia su naturaleza; que recupera el saber y el habla para darse un lugar en el mundo y decir una palabra nueva, desde sus autonomías y diferencias, en el discurso y las estrategias de la sustentabilidad. Para ello será necesario activar las gramáticas de futuro, para que los seres culturales digan sus verdades y se entrelacen en un diálogo entre identidades colectivas diversas.



La comprensión del ser en el saber, la compenetración de las identidades en las culturas, incorpora un principio ético que se traduce en una guía pedagógica; más allá de la racionalidad dialógica, de la dialéctica del habla y el escucha, de la disposición a comprender y "*ponerse en el sitio del otro*", la política de la diferencia y la ética de la otredad implican la internalización de lo Otro en lo Uno, en un juego de mismidades que introyectan otredades sin renunciar a su ser individual y colectivo. Las identidades híbridas que así se constituyen no son la expresión de una esencia, pero tampoco se diluyen en la entropía del intercambio subjetivo y comunicativo. Estas emergen de la afirmación de sus sentidos diferenciados frente a un mundo homogeneizado y globalizado.

La crisis ambiental es una crisis del conocimiento y un vaciamiento de los sentidos existenciales que dan soporte a la vida humana. Frente a las certezas y el control que buscaba otorgar la ciencia a una vida segura, asegurada de la violencia de la naturaleza y de la perversidad humana sometida a la fatalidad, hoy nos invade otro terror: el que ha generado el forzamiento del mundo por el dominio del poder de la idea universal, del sometimiento de lo diverso a lo uno, de la palabra significativa a los designios del mercado. Desamparados ante el descreimiento en la magia y la impotencia del conocimiento que ha desencadenado un mundo a la deriva, incognoscible, que paraliza la acción no sólo por el terror, sino porque se han apagado las luces que orientaban el camino hacia alguna parte, así fuera hacia una muerte con sentido. Hoy, el mundo enloquecido por la intervención del poder y de la ciencia está pasmado por la incompreensión. Ya no es sólo el mundo de los contrarios que se niegan, del otro a quien se le desconoce, se le excluye y se le extermina. Más allá del maniqueísmo al que llevó la visión polar del mundo (lo blanco y lo negro, lo bueno y lo malo, la verdad y la mentira, del capitalismo imperante y el socialismo real) estamos en un juego de abalorios donde no hay ni cálculo racional ni apuesta al azar. La ruleta tiene más de 36 números y el tablero más de dos colores (rojo y negro). El mundo se encuentra enfrentado a crisis y dilemas más allá de todo conocimiento y que retan todo abordaje racional para la recomposición del mundo. Es una alienación que no sólo es provocada por la reificación del mundo que sustituye el conocimiento de relaciones entre procesos y entre seres humanos por relaciones entre cosas, como planteaba Marx hace un siglo y medio.

Vivimos un mundo sometido al poder del mercado, a una jaula de racionalidad y una razón de fuerza mayor ante la que se retrae el pensamiento, se disuelve el sentido y se paraliza la acción. Estamos sometidos a la racionalidad de un poder concentrador de la riqueza, generador de insustentabilidad y desigualdad. La inteligencia humana ha desencadenado el poder del átomo y ha invadido la vida haciendo posible la reproducción de lo uno, la clonación del ser. La transgénesis, la invasión tecnológica de la vida, nos enfrenta a incertidumbres y desafíos que no alcanzan a dilucidar ni la ética ni el conocimiento. El reclamo de autonomía y autogestión de la ciudadanía se plantean ante el fracaso del "*Estado Benefactor*" y del automatismo del mercado, que dejan a las poblaciones sujetadas, imposibilidades para autogestionar sus condiciones de existencia. Y al mismo tiempo, ese derecho de emancipación levanta la cabeza y da la cara en un mundo donde el poder institucionalizado se ha dislocado. Los demonios andan sueltos, los procesos económicos y tecnológicos se han desbordado y desbocado en sus inercias, aplastando toda capacidad para recomponer el mundo sobre la base de la racionalidad científica y económica. La confrontación de poderes se ha exacerbado hacia posiciones fundamentalistas y el uso de la fuerza poniendo en riesgo las normas mínimas de convivencia y democracia que tantos holocaustos, genocidios e injusticias ha costado a la humanidad.



Para sobrevivir en este mundo tendremos que ejercer nuestro derecho a pensar y nuestro derecho a saber. Aprender lo que la ciencia puede saber sobre la crisis global y nuestras condiciones de existencia: sobre el calentamiento global y el grado y formas de riesgo para la humanidad y para las poblaciones locales; sobre las relaciones del proceso económico y la degradación ambiental, el vínculo entre la ley del mercado y la ley de la entropía. Pero también deberemos aprender a construir una nueva racionalidad social y productiva y un diálogo con lo Otro. Debemos aprender no sólo de la ciencia, sino de los saberes de los otros; aprender a escuchar al otro; aprender a sostenernos en nuestros saberes incompletos, en la incertidumbre y en el riesgo; pero también en la pulsión de saber.

Navegar es preciso, vivir no es necesario, solía decir Fernando Pessoa, siguiendo a Nietzsche quien había escrito: *"Es necesario navegar, dejando atrás las tierras y los puertos de nuestros padres y abuelos; nuestros barcos tienen que buscar la tierra de nuestros hijos y nietos, aún no vista, desconocida"*.

Debemos pues aprender a escuchar armonías hasta ahora inaudibles en el estruendo de las fanfarrias de trompetas que no han cesado de anunciar la llegada del rey y el triunfo del poder; abrir nuestra razón y sensibilidades para dejar ser al ser, para abrir las puertas a un devenir, a un por-venir que no sea sólo la inercia de los procesos desencadenados por un mundo economizado y tecnologizado. Abrir los espacios para un diálogo de seres y saberes en el que no todo es cognoscible y pensable de antemano; aprender una ética que permita desatrincherar y desarmar los cercos protectores de las identidades que nos damos desde nuestra formación disciplinaria y para evitar que las identidades culturales se conviertan en campos antagónicos de batalla, para que pueda surgir un mundo donde convivan en armonía la diversidad y las diferencias. Debemos aprender a dar su lugar al no saber y a la esperanza, a aquello que se construye en el encuentro con el otro, con lo Otro, más allá de la objetividad y del interés, inscritos en el proyecto del conocimiento que nos ha legado la modernidad.